7295

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

EL MOJICÓN

PARODIA DEL DRAMA «LA BOFETADA»

EN UN ACTO Y DOS PAUSAS

ORIGINAL DE

DON SALVADOR MARÍA GRANÉS

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1890

14

EL MOJICÓN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL MOJICÓN

PARODIA DEL DRAMA «LA BOFETADA»

EN UN ACTO Y DOS PAUSAS

ORIGINAL DE

DON SALVADOR MARÍA GRANÉS

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE APOLO el día 14 de Marzo de 1890

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elmojicnparodiad24614gran

Al Sr. D. Pedro de Novo y Colson

Acepte V., amigo mío, la dedicatoria de esta caricatura de su admirable drama, uno de los más perfectos modelos en la literatura dramática del siglo actual.

A V., que con su hermosa obra ha inspirado el juguete que hoy le dedico; á V., á quien debo tanta gratitud por los inmerecidos elogios que se ha dignado hacerme de esta parodia al asistir á uno de sus ensayos, corresponde de derecho el ampararla con su protección.

Fortuna grande es para mí que con tal motivo figuren unidos en la misma página el esclarecido nombre de V. y el de su humilde parodiador y afectísimo amigo

Salvador M. Granés

~~613379~~ 668517

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIQUITA	Sra. Romero.
LUISA	Vidal.
RUPERTO	Sr. Riquelme.
LEZNA	Carreras.
EL ALBEITAR MAL-ANDA	Rodríguez.
AGUILUCHO	Diaz.
SALAZAR	Campos.
GRULLA	Leon.
MOZO	Ibarrola.

La acción pasa en tiempo de la última guerra carlista.—Ruperto, Salazar y Grulla visten uniforme de quintos de infantería; chaquetilla, pantalón y gorra.

ACTO ÚNICO

Sala de un ventorrillo. A derecha e izquierda del actor una ventana en primer término y una puerta en segundo. Dos puertas en el foro, y entre ambas un retrato de tamaño enorme representando una mujer muy vieja y muy fea. A los dos lados del retrato, dos trofeos formados, el uno por una cabeza de toro, banderillas y un estoque de matador, y el otro por jarros y vasos artísticamente agrupados. A la derecha el mostrador para despachar el vino, con todos los cacharros de las tabernas. A la izquierda una mesa y un banco. Taburetes de madera.

ESCENA PRIMERA

JUAN LEZNA, LUISA y el MOZO. Luisa cose á la izquierda.—A la derecha Lezna y el Mozo, examinando sobre el mostrador el libro de cuentas.

LEZNA — A ese bórrale las copas que debe. ¿Qué culpa tiene él de gustarle el vino y no poder pagarlo?

MOZO — Juan Bautista debe también dos chorizos, una ración de conejo, otra de queso y tres cuartillos.

LEZNA — Bórrale también, y estamos en paz.

LUISA — Oye, hermano.

LEZNA — ¿Qué?

LUISA — Que eres un imbécil. Hace media hora que estás perdonando sus cuentas á todos los que te deben. ¿Es este un ventorrillo ó una casa de misericordia?

LEZNA Calla, tonta; hoy me da por perdonarles sus trampas, pero mañana les cobro el doble del precio por el gasto que hagan. (Vase el mozo. Lezna continúa sentado.)

ESCENA II

DICHOS, AGUILUCHO

AGUIL. Hola, compadre.

LUISA Adiós, vecino.

LEZNA Yo le hacía á usted en Valdepeñas.

AGUIL. Pues hace usted mal en hacerme en ninguna parte. He estado en Valdepeñas, pero ya fuí yo allá hecho y derecho.

LEZNA Al volver no habrá usted venido tan derecho.

AGUIL. Vine caracoleando.

LEZNA ¿Como los caballos?

AGUIL. No, comiendo caracoles en los ventorros que encontraba al paso. Por cierto que en uno de ellos he visto á Ruperto.

LUISA ¿A mi sobrino?

AGUIL. Sí, señora.

LUISA ¡Qué desgracia que cayera soldado! ¡Y más ahora que tenemos esa pícara guerra carlista! ¿Y qué tal le va en la vida militar?

AGUIL. Tan acostumbrado está á ser quinto, que dudo que nunca llegue á sexto.

LUISA ¿Y qué le dijo á usted?

AGUIL. Le hallé sano y rollizo, pero tristísimo. Tenía delante un plato de chuletas y una azumbre de vino. Su dolor por la muerte de su abuela era tan intenso, como su hambre. ¡Cuánto lloraba, y cuánto comía!—«El mundo, me dijo, es un valle de lágrimas; pasemos esta triste vida comiendo y llorando.»

LUISA ¡Pobre Ruperto; debe sufrir mucho, y con razón, porque es difícil encontrar otra abuela como la suya; ni tan buena, ni tan fea!

AGUIL. ¡Y si viera usted qué guapo está el chico con sus veinte años y su uniforme de recluta!

LUISA ¿No has oído, Lezna?

LEZNA Todo lo he estado oyendo.

LUISA Como hace una hora que estás callado.

LEZNA Porque yo me hago el sordo cuando me conviene. Pero, en fin, Ruperto ¿ha hablado algo de venir por acá?

AGUIL. Sí, señor; parece que pronto vendrán él y los demás quintos á ese cuartel próximo para terminar su instrucción.

ESCENA III

DICHOS, el MOZO

MOZO Mi amo; dos reclutas acaban de entrar en el patio del ventorro.

LEZNA ¿Es Ruperto alguno de ellos?

MOZO No, señor.

LEZNA Entonces, diles, como de costumbre, que yo estoy de caza en el monte.

AGUIL. ¡Valiente embustero!

LEZNA Esa es la escusa para ocultarme siempre que me echan alojados. Me encierro en el desván, como ahora voy á hacerlo, y como no les doy de comer, se van pronto. ¿Vienes, Luisa?

LUISA Sí, voy. (Vanse ambos puerta izquierda.)

ESCENA IV

AGUILUCHO, EL MOZO

AGUIL. ¿Debes querer mucho á tu amo?

MOZO ¡Es un manchego, hasta allí!

AGUIL. ¿Hasta dónde?

MOZO Hasta cualquiera parte. (Mariquita sale por la derecha y atraviesa la escena, entrando por la puerta izquierda.)

AGUIL. ¡Caracoles! ¿Quién es esa chica tan guapa?

MOZO Mariquita.

AGUIL. ¿Y por qué pasa sin decirnos palabra?

MOZO — Siempre hace lo mismo; no da á nadie los buenos días.

AGUIL. — ¡Qué cosa más rara! ¿Y es de la familia del señor Juan?

MOZO — No, señor; la madre de esa chica estuvo aquí de criada, y su padre era un saltamonte, digo no, un guardamonte. Ruperto y Mariquita crecieron juntos, y llegó un día en que se amaron, pero el amo se enteró y se puso hecho una fiera...

AGUIL. — ¡Ya lo creo!... ¡cómo había de casarse con una criada todo el hijo de un sargento de carabineros!

MOZO — Por fortuna, Ruperto cayó soldado, y tuvo que ir á servir al rey.

AGUIL. — Eso, hace seis meses.

MOZO — ¿Cómo lo sabe usted?

AGUIL. — No lo sé, pero me lo figuro.

MOZO — En cuanto Ruperto se marchó, su padre buscó un novio á Mariquita; el boticario de Torrelodones, y la casó con él.

AGUIL. — ¿Y Ruperto, sabe que está casada?

MOZO — Hubo que decírselo, pero él, por lo visto, no se apuró mucho, porque ha poco supimos que el recluta se había hecho jugador, borracho y pendenciero.

AGUIL. — Eso, me consta que es verdad.

ESCENA V

DICHOS, SALAZAR y GRULLA

SAL. — ¡A la paz de Dios!

GRULLA — ¿Es este el ventorro del Cordero sensible?

AGUIL. — Este es.

SAL. — Pues aquí nos dijo Ruperto que le esperásemos.

MOZO — ¡Ya lo creo, como que su padre es el dueño del Cordero sensible!

AGUIL. — Y la madre de Ruperto, era la madre del cordero.

SAL. — Y Ruperto es un borrego, que nos ha ocultado que esta es su casa.

GRULLA En fin, ya que sé que ustedes son de la familia, voy á darles una buena noticia. Ruperto se está dando de estacazos ahí cerca con otro individuo, y es muy posible que le traigan aquí con la cabeza rota.

AGUIL. ¡Hombre!... ¡qué brutos son ustedes!... y ustedes dispensen. ¡Ya podían haber evitado esa riña!

GRULLA Allá dejamos con Ruperto al albeitar Malanda, para que en caso necesario, le cure de primera intención.

AGUIL. La de ustedes sí que es mala.

MOZO ¿Y por qué fué esa riña?

SAL. Cuando veníamos, Ruperto oyó al pasar á uno que decía á otro: «El dueño del ventorro del Cordero es un bribón, que bautiza el vino que vende.» Yo también lo oí, y como buen amigo, me hice el sordo, escapé y los dejé dándose leña.

AGUIL. ¡Arrogante amigo está usted!

ESCENA VI

DICHOS, LUISA

LUISA (Sale puerta izquierda.) ¡Caballeros, si lo sois! Desde niña, tengo la costumbre de escuchar tras de las puertas. Hace media hora, os he oido decir que Ruperto se está pegando con otro.

SAL. Así es, patrona; pero no tenga usted miedo, él atiza firme y vence siempre.

GRULLA ¡Cuando salió bien de su lucha con aquel perro *buldog*, crea usted que á ese chico no hay quien le hinque el diente.

AGUIL. (Mirando por la ventana derecha.) ¡Atención! ¡Hacia aquí viene uno corriendo á todo correr! ¡Y es un quinto!

LUISA ¿Cinco vienen corriendo?

AGUIL. No, señora; es un quinto solo. ¡Es Ruperto!

LUISA ¡Qué alegría!

SAL. ¡Lo de siempre; escabechó á su adversario!

ESCENA VII

DICHOS, RUPERTO que abraza á Luisa. Escena muda. Luego repara en el retrato de su abuela, y se dirige á él.

RUP. ¡Abuela mía! ¡Te has malogrado en flor! ¡Quién había de pensar que te murieses á la temprana edad de ochenta y seis años! (Queda sollozando cómicamente.)

SAL. Yo no puedo ver estas cosas.

GRULLA Ni yo.

AQUIL. Ni yo.

MOZO Ni yo tampoco. (Vanse.)

ESCENA VIII

RUPERTO y LUISA

RUP. ¿Y mi padre, dónde está? Tengo hambre de abrazarle.

LUISA Ya te darás un atracón cuando le veas. Pero dí, ¿no le guardas rencor, por la boda de tu novia?

RUP. ¡Yo! ¡Quiá! El hizo lo que otros cien padres; vió que la chica no tenía un cuarto, y supuso que al separarme de Mariquita diría yo: «Si te ví, no me acuerdo.» Si hubiera sabido que yo estaba completamente chalado por ella, no me la habría hecho boticaria.

LUISA ¿Luego sigues queriéndola?

RUP. No sé si la quiero ó si la odio. Sólo sé que la veo sin cesar en mi imaginación, bailando una habanera con el boticario de Torrelodones.

LUISA ¡Ruperto!

RUP. Por fortuna ella está en su pueblo, y yo no iré allá.

LUISA (Si supiese que está aquí.)

RUP. ¿Pero, y mi padre? ¿Sintió mucho la muerte de mi abuela?

LUISA Una cosa regular. Como ella era su madras-

tra, siempre andaban tirándose los trastos á la cabeza. Pero está muy furioso contra tí.

RUP. ¿Y por qué?

LUISA Ya sabes que tiene la manía de echárselas de caballero, y que siempre está con el honor por aquí, y la honra por allá; pues bien, como tiene noticias de que has perseguido mujeres, y has jugado, y has bebido...

RUP. No comprendo que le asusten los borrachos, cuando él vende vino.

LUISA Pues por lo mismo que él lo vende odia á todos los que no lo beben en su casa.

RUP. Aquí lo beberé yo.

LUISA ¡Silencio! El viene.

ESCENA IX

DICHOS, LEZNA, luego MARIQUITA

LEZNA ¡Ruperto!

RUP. ¡Papá!

MAR. (Saliendo puerta izquierda y viendo á Ruperto,) ¡El! (Vase corriendo por la derecha.)

RUP. ¡Cuerno!... ¡Ella! ¡Ella aquí!... Perdón, papá. ¡Maldita sea mi suerte!

LEZNA Y tan maldita que lo será. ¿Qué ha hecho el primo-y-últimogénito del cabo de carabineros, qué ha hecho para probar que es digno de su raza? Seducir mujeres, tirar el pego, andar siempre á trastazos, beber pelcón falsificado, no legítimo, como el que despacha su padre. Y ahora mismo, al ver á una mocosuela, decirme: «aguarda,» y no abrazarme por mirarla á ella.

RUP. No, padre. Cuando tuve noticia de que Mariquita se había casado, me eché el alma á la espalda, y para olvidarla, me hice seductor, pendenciero y borracho. Pero al saber la muerte de mi abuela me entró un deseo horroroso de romperle á alguien la crisma. Un hombrón de seis piés de alto pasaba junto á mí, seguido de un tremendo perro *buldog*.

LEZNA Sé que en aquel lance cumpliste como un valiente.

RUP. Aunque ya veo que conoces mi hazaña, déjame que te la cuente otra vez, para que llegue á noticia del público, como dicen los ciegos que venden «el papelito que acaba de salir ahora.» Al pasar por mi lado el hombre del perro, le dí un fuerte codazo, no al perro, al hombre. Aquellos dos animales, hombre y perro, me lanzaron una mirada amenazadora. El gigante enarboló un garrote y se lanzó sobre mí. Tembló la tierra, empolvóse el aire. Entonces, con ojo rápido paré el golpe con el brazo izquierdo, y con el derecho asesté un tremendo puñetazo en el pecho de aquel titán.

LEZNA ¿El perro te acometió?

RUP. Sí, y quise hallar la salida.

LEZNA ¿Hacia atrás?

RUP. ¡Siempre! Eché á correr.

LEZNA Bien hecho.

RUP. Pero el perro me alcanzó. Mis puños vigorosos le sujetaron por las patas. La gente, acobardada, ensanchó el círculo. El perro ladraba como yo, la rabia le cegaba como á mí, me enseñaba sus colmillos, y yo á él los míos.—Ven, cobarde—nos gritamos ambos, y el animal se echó sobre mí, y yo sobre el animal, y sobre los dos otros varios animales. De un tirón le arranqué una oreja, al par que él, de un mordisco, me deshizo una pantorrilla.

LEZNA Pantorrillas hay muchas postizas.

RUP. Caí en tierra.

LEZNA Pero el que cae, se levanta.

RUP. Y me levanté.

LEZNA Bien, Ruperto.

RUP. Arranqué el collar al perro, le dí un puntapié y el animal echó á correr ahuyando, mientras yo continué mi camino, seguido de la multitud que me victoreaba entusiasmada.

LEZNA Hazaña fué digna de premio.

RUP. Y se premió.

LEZNA ¿Cómo?

RUP. Condecorándome el pueblo soberano.

LEZNA ¿Te dieron acaso?...

RUP. Sí, padre mío; ¡la medalla del perro!

LEZNA ¿Dónde está?

RUP. Aquí. Para lucirla quise que tú con tus propias manitas me la colgases al cuello. (Ha sacado del bolsillo el collar de un perro de presa con su medalla pendiente.)

LEZNA Ven, chiquitín, ven; un caballero de la orden del perro grande, es digno de los Leznas. (Le abraza.)

RUP. Gracias, papá. Soy el hombre más valiente del globo.

LEZNA Bien se conoce que se te ha muerto la abuela. (Pero el reñir con los perros, no es una prueba.) Dí, Ruperto, ¿crees que á Guzmán el Bueno le hubiera gustado tener un hijo granuja?

RUP. (Sorprendido al oir tal exabrupto.) Creo que no, ¿pero á qué viene eso?

LEZNA Ruperto, tú has sido beodo, jugador y libertino.

RUP. ¿Otra? ¿Volvemos á las andadas?

LEZNA Díme. ¿Te emborrachabas por hacer algo ó porque tenías afición al vino? ¿Jugabas por entretenerte ó por ganar dinero? ¿Perseguías mujeres por pasar el rato ó porque te gustaban? Pero, no; no me lo digas. Dame la medalla, acerca la cabeza... Ya te la he colgado. (Hace lo que va diciendo.) Ahora... lárgate.

RUP. (Mi padre está guillati perduti. Tan pronto me abraza como me manda á paseo.)

ESCENA X

DICHOS, MOZO

MOZO Señor amo, he ido, como usted me encargó, á decir que venga á probar el Valdepeñas el que propaló por todas partes que usted bautizaba el vino.

LEZNA ¿Y vendrá?

MOZO No, señor; porque está en cama con la cabeza rota.

LEZNA ¿Quién se la ha roto?

RUP. Yo, de un estacazo, porque te acusaba de echar agua al vino... y eso es una calumnia.

LEZNA No lo es, porque se la echo. Regla general: No defiendas nunca á los taberneros. (Al Mozo.) Ven conmigo, muchacho, y llevarás á ese infeliz un jarro del vino de la bodega, que aún no está aguado. (Vanse el Mozo y Lezna.)

ESCENA XI

RUPERTO

¿Es esta mi casa? ¿Es este hombre brusco el padre cariñoso que yo venía á ver? ¡Qué fría está esta casa sin estrenar! ¡Y qué frío encuentro á mi padre! Y ella... ¡También ella!... No sé si estará fría ó templada. ¡Maldita sea mi suerte!

ESCENA XII

RUPERTO, MAL-ANDA

MAL. ¿Está aquí Ruperto Lezna?

RUP. Servidor.

MAL. Yo soy Lucas Mal-anda, albeitar, para servir á usted, y que como usted sabe, presencié su desafío á falta de médico. El herido va bien, gracias á que yo le puse paños de vinagre y sal. Se lo comunico á usted para su inteligencia y satisfacción, y abur. (Examinando la habitación.) ¡Cielos! ¡Ese mostrador!...

RUP. ¿Qué le extraña á usted?

MAL. (Dando vueltas sobre sí mismo, gira como un peón.) Nada, nada. Voy al molino á curar al burro del molinero.

RUP. No insulte usted al molinero.

MAL. Si hablo de su burro.

RUP. ¡Ah, ya!

MAL. Si... esta sala... ese jarro... son el mismo jarro y la misma sala...

RUP. Pero, hombre, ¿qué diablos tiene usted?

MAL. Nada, nada, don Ruperto; ¿estará usted toda la noche en esta casa?

RUP. Naturalmente, ¿dónde he de estar?

MAL. Entonces, volveré. (No hay duda, aquí fué.) (Sigue dando vueltas hasta el final, y desaparece del mismo modo, siempre girando.)

RUP. Pero, explíqueme usted...

MAL. Hasta después.

ESCENA XIII

RUPERTO, á poco MARIQUITA, después LEZNA

RUP. ¡Vaya un registro impertinente! ¿Si ese albeitar será de la policía?

MAR. Ruperto. (Todo esto muy rápido.)

RUP. ¡Ella!

MAR. ¡Silencio! Necesito hablarte.

RUP. ¿Cuándo? ¿Dónde?

MAR. Aquí... luego. (Vase rápidamente.)

RUP. (Siguiéndola.) Aguarda. (Se encuentra cara á cara con su padre.) ¡Ah!... ¡Mi padre!

LEZNA Ni una palabra. Esa mujer es nuestra huéspeda. Su honor es sagrado mientras pague el pupilaje... Conque... ¡mucho ojo!

RUP. Entendido. Ahora voy á acostarme. (Ademán de irse.)

LEZNA (Deteniéndole.) No, allá no hay más que una cama, y esa es para mí. Pasa la noche aquí, contemplando el retrato de tu abuela querida, (Señala al retrato.) y todo lo que sientas, todo lo que pienses... cuéntaselo á tu abuela. (Ruperto se sienta en el banco y reclina su cabeza sobre la mesa.) Mientras yo duermo tranquilamente en mi cama de tres colchones... sumergido en un Océano de lana. (Vase Lezna sollozando cómicamente. Ruperto continúa apoyado en la mesa con la cabeza entre sus manos. Por encima de la concha del apuntador, saca éste un cartel para que el público lo vea, en el que se lee:

Pausa primera

ESCENA XIV

RUPERTO, LUISA y MARIQUITA

Después de un momento de silencio salen ambas á escena puerta izquierda

LUISA (Á Mariquita.) Cuidado con lo que se hace, Mariquita. Procura que la entrevista sea breve.

MAR. El tiempo preciso para pedirle mis cartas.

LUISA (Llegándose donde está él reclinado en la mesa.) ¡Ruperto!... (Este levanta la cabeza.) Mariquita desea hablar contigo. Yo os dejo solos.

RUP. ¡Ah! ¿Usted sabía?...

LUISA Ya lo ves. ¡Ea, Ruperto! juicio... y ahí queda eso. (Señalando á Mariquita.)

RUP. ¡Tía del alma!... Este noble proceder es digno de una verdadera tía. (Vase Luisa.)

ESCENA XV

RUPERTO, MARIQUITA

Toda esta escena con entonación cómicamente dramática.

RUP. ¿Qué quieres de mí?

MAR. ¿Conservas mis cartas?

RUP. Sí, todas. Ciento veintisiete.

MAR. Devuélmelas.

RUP. ¡Un cuerno!

MAR. ¿Para qué las quieres?

RUP. ¡Y me lo preguntas! ¿Eres tú aquella niña boba, que sin cesar me decía:—Quién te quiere á tí, rico mío?

MAR. Yo soy esa pobre mujer que se lo debe todo á tu padre. Un día me dijo:—Sé boticaria—y lo fuí.

RUP. ¡Pero tú sabías que me arrancaría los pelos al verte en brazos del boticario, y le entregas tus hechizos á cambio de sus jaropes! ¡Mariquita, eso no te lo perdono!

MAR. (Durillo está de pelar.)

RUP. ¡Qué ratos me has hecho pasar! Te he visto en sueños tal como eres hoy. No la niña tonta cuyos ojos se cerraban de sueño mientras yo la hablaba, sino la espléndida barbiana que se trae muchas cosas, y todas buenas.

MAR. Ruperto... no puedo oirte.

RUP. Escucha.—Tu dueño y yo no cabemos en un saco: cuanto más goza él, más rabio yo. Cuando te acaricia, me araña. ¡Ea! Ya estoy harto. Nadie ha de ser feliz á costa mía.

MAR. ¡Calla!... ¡Estás loco!

RUP. ¿Me has comprendido, eh? Me alegro. (Con dulzura.) ¡Qué reteguapa estás, Mariquita! Más que nunca. Desde hoy viviremos juntitos, ¿no es verdad?

MAR. ¡Basta, Ruperto!

RUP. Pero, tonta, ¿no comprendes que todo lo pasado ha sido un sueño? Ni tú estás casada, ni me has sido infiel, ni hay tal boticario...

MAR. Me asustas... déjame salir.

RUP. Hoy despertamos de aquella pesadilla, pero con una variación. Ayer éramos dos tontos de capirote, hoy somos dos tunos muy largos.

MAR. ¡Ruperto!

RUP. ¡Ea! Echa á andar.

MAR. Nunca.

RUP. Vente conmigo. No serás la primera que se ha venido.

MAR. No.

RUP. Si no vienes me *suicidio*.

MAR. ¡Santo Dios!

RUP. Lo dicho.

MAR. Pues bien; si deseas verme á tu lado y que mis ojos sean dos continuas fuentes de vecindad; si quieres que ni coma ni beba, ni esté gordita... entonces, llévame contigo... Estoy á tu disposición.

RUP. Gracias... Estimando.

MAR. Pero antes mira á esa pobre vieja anciana. (Señalando al retrato.)

RUP. ¡Abuela mía!

MAR. Piensa en la paliza que te pegaría si pestañease y te oyera hacerme esas proposiciones.

RUP. (Conmovido cómicamente.) ¡Basta, Mariquita! Me has curado. No volveré á verte.

MAR. Gracias. ¡Qué inocentón eres!

RUP. Pero antes de separarnos quiero pedirte un favor. Dime, Mariquita, sin que nadie nos oiga; dime que me amas á mí sólo, que estás chaladita por mí. Dímelo una vez nada más.

MAR. No puedo, Ruperto; las señoras casadas no decimos esas cosas.

RUP. Anda, remonísima, dímelo.

MAR. Tales palabras no pueden pronunciarlas mis labios.

RUP. ¿Tus labios no? Pero puedes decírmelo por señas.

MAR. ¡Ah! Eso sí. (Pantomima en mímica de que le adora.)

RUP. Así... así... Mariquita. ¡Bendita seas y bendita sea tu madre! (Se arrodilla y la besa la mano.)

ESCENA XVI

DICHOS, y LEZNA que sale por el foro y se coloca entre ambos

LEZNA (A Ruperto.) ¡Sin vergüenza!
(Mariquita escapa corriendo.)

RUP. ¡Padre!

LEZNA Mientes, no lo fuí jamás.

RUP. Reportáos, por Belcebú.

LEZNA No, los hijos como tú,
son hijos de Satanás.
Y basta de *Don Juan Tenorio*. Yo no puedo ser padre de un seductor de señoras. Tu abuelo, Marcos Lezna, fué un zapatero honrado que no le faltó nunca á su zapatera. Yo, Juan Lezna, no he ofendido jamás á tu madre, á pesar de que fuí cabo de carabineros. Pero tú desmientes nuestra noble raza. Porque, vamos á ver: ¿eres caballero? No, porque eres de infantería. ¿Eres honrado? No, porque persigues á las casadas. ¿Eres

bueno? ¡Qué lo has de ser, indigno vástago de los Leznas!

RUP. Papá, cállate.

LEZNA Tú no puedes figurarte lo que me ha recordado el cuadro plástico que acabo de ver. Tú arrodillado á los piés de esa... y ella con su mano abandonada á tus besos. ¡Así estaban los otros!

RUP. Pero, padre, ¿te has vuelto loco?

LEZNA (A grito pelado.) Vete, quítate de mi vista.

RUP. (Gritando también.) No quiero.

LEZNA (Transición y con la mayor naturalidad.) Pues me iré yo. (Vase muy tieso.)

ESCENA XVII

RUPERTO

¿Qué es esto? ¿Por qué se enoja mi padre de tal modo? ¿Qué misterio hay aquí? ¡Cielos! ¿Será hija suya Mariquita? ¡Imposible! Ella es hija de un guardamonte. Pero entonces ¿qué le ha recordado á mi padre el verme de rodillas ante ella, besándole la mano?

ESCENA XVIII

RUPERTO y MAL-ANDA

MAL. Señor Ruperto.

RUP. Señor albeitar.

MAL. Vengo á que usted me ayude para aclarar un misterio. (Examinando detenidamente la habitación, siempre girando sobre sí mismo.) No me engaño. Esta es la misma habitación que tengo clavada aquí desde aquella noche. Este fué el siniestro ventorrillo.

RUP. (Muy incomodado.) ¿Por qué le llama usted siniestro? A ver... pronto... Hable usted.

MAL. ¿Se enoja usted, Ruperto? ¿Acaso tiene en este ventorro relaciones ó familia? En tal caso me callo.

RUP. (Fingiendo indiferencia.) No... conozco á los dueños... pero nada más. Continúe usted.

MAL. Hallábame cierta noche en un caserío, cerca de aquí, asistiendo á una caballería mayor, con perdón de usted, que tenía un sobrehueso en salva sea la parte, cuando me sorprendió con su visita un hombre mal encarado, y me dijo: «He sabido que es usted albeitar, y como el único médico que había por estos contornos ha muerto ayer, vengo á rogarle que me acompañe á mi casa para que certifique una defunción que allí acaba de ocurrir.»

RUP. ¿Y fué en este ventorro?

MAL. En este mismo. El desconocido me condujo ante un lecho donde yacía una pobre vieja. Una ojeada me bastó para conocer que la difunta estaba muerta. Neguéme al principio á certificar la defunción; pero al fin accedí á hacerlo en calidad de veterinario y por falta de médico. Mientras el desconocido salió á buscar papel y tintero, fijé mi vista en un rincón de la alcoba... me acerqué más... miré... miré con horror... volví al lecho, examiné á la muerta, dí un grito y caí al suelo como una rana.

RUP. ¿Pero, á qué venía eso?

MAL. A que en aquel rincón ví una pierna humana, y aquella pierna le faltaba á la difunta.

RUP. ¿Se la habían arrancado?

MAL. Ni más, ni menos.

RUP. ¿Qué fecha fué la de aquella noche?

MAL. Hoy hace tres meses justos.

RUP. ¡Gran Dios! ¡Tres meses hace que murió aquí mi abuela! Albéitar, ¿no ha visto usted ese cuadro? (Por el de la abuela.)

MAL. Como es tan chiquitín, no había reparado en él.

RUP. ¿Quién es esa anciana?

MAL. Esa es la muerta coja.

ESCENA XIX

DICHOS, LEZNA

MAL. (Reparando en Lezna que aparece.) ¡Y ese el desconocido que me trajo ante su lecho!

RUP. ¡Mi padre!

LEZNA ¡Sí, yo fuí quien la perniquebró! (Ruperto va dando vueltas como atontado, y al fin cae redondo.—Aparece otro cartel sobre la concha del apuntador, en que se lee:

Pausa segunda

Corto momento de silencio. Todos los personajes quedan durante él, inmóviles, en las posiciones del final.—El albéitar examina á Ruperto, le toca las orejas, y dice:)

MAL. ¡No es nada; está vivo!

LEZNA (Toca la campanilla, y aparecen dos mozos.) Llevaos á mi hijo, y echadle en mi cama. (A Mal-anda.) No se vaya usted; tenemos que hablar.

ESCENA XX

LEZNA y MAL-ANDA

LEZNA Señor albéitar, puede usted entregarme á los tribunales. ¡Yo he amputado una pierna á mi infeliz madrastra!

MAL. ¡Esa no cuela! Nadie amputa piernas por divertirse. Su madrastra debió darle algún grave motivo para eso.

LEZNA No tolero dudas sobre su honra.

MAL. Vamos, hombre, basta de disimulo. Sea usted franco, y échese en brazos de un albéitar.

LEZNA (Conmovido.) ¡Ah!... sí, no puedo más. (Se echa cómicamente en brazos de Mal-anda.) Voy á decir á usted la verdad toda.

MAL. Así me gusta.

LEZNA Hace cincuenta años, mi madrastra era joven.

MAL. ¡Parece mentira!

LEZNA Estaba ciegamente enamorada de un mequetrefe, primo suyo. Por entonces, la conoció mi padre y se casó con ella.

MAL. Mal hecho.

LEZNA Prohibióla, como es natural, que recibiera en su casa al tal primito; pero ella, al pasar por su lado, le dirigía miradas á hurtadillas, lo cual le valió en varias ocasiones el que mi padre la solfease. El primo se fué á América, y allí ha vivido veinte años.

MAL. ¿Y durante ese tiempo, el matrimonio fué feliz?

LEZNA Completamente. Seis años hace murió mi padre, á los ochenta y cuatro de edad, y hace tres meses regresó de América el primo de mi madrastra. Un día le sorprendí á sus piés y besándola la mano. De un empellón, le hice rodar la escalera, bajé tras él, y juntos llegamos á la Era del Mico; allí le solté dos estacazos y cayó en tierra. Creyéndole muerto le registré los bolsillos, porque no me pareció bien que la justicia se incautase del reloj y del dinero que llevaba. Entre los objetos que le encontré, había varias cartas de mi madrastra, unas anteriores á su casamiento y otras sin fecha y que debían ser recientes.

MAL. Debió usted dudar.

LEZNA Dudé un segundo, porque el seductor, volviendo en sí me llamó, y con voz apagada, me dijo:—«¡Ya es tarde, Lezna, ya es tarde!» —Miré el reloj; eran las ocho y cuarto. Luego lo de «ya es tarde,» lo decía por mi madrastra. Corrí á buscarla... la interrogué... ¡Que si quieres! No abrió la boca para disculparse, y cuando le dije que su amante quedaba tendido en la Era del Mico, empezó á gritar, llamándome: «¡Asesino!... ¡Asesino!...» y se lanzó á mí para arañarme. Yo, ciego de ira, la sujeté por una pierna, pero con tal presión, que me quedé con la pierna en la mano.

MAL. ¡Qué barbaridad!

LEZNA Dió un grito.

MAL. ¿La pierna?

LEZNA Mi madrastra, y cayó al suelo para no levantarse más.

MAL. ¿Sentiría un dolor horrible?

LEZNA Ninguno. La pierna que yo le había arrancado era postiza.

MAL. ¿Qué me cuenta usted?

LEZNA Una pierna primorosamente fabricada, que usaba desde joven, sin que nadie lo sospechase.

MAL. Pero, si era postiza, ¿por qué no lo ha confesado usted hasta ahora?

LEZNA Por respetar el secreto de la pobre vieja, que se murió de pena al verle descubierto.

MAL. ¿Pero, al menos, á Ruperto se lo revelará usted?

LEZNA Sí... algún día...

MAL. No; usted no se lo dirá nunca.

LEZNA ¿Nunca?

MAL. Porque cree que Ruperto no es su hijo.

LEZNA Y no lo es. Ayer dudaba, hoy tengo la evidencia. La escena que he presenciado aquí, es la reproducción exacta de la de mi madrastra con el otro... y quien tal hace no puede ser mi hijo.

MAL. ¿Pero, en qué funda usted esa duda sobre su paternidad?

LEZNA Escuche usted: y es el cuarto ó quinto cuento que le cuento, porque este es el cuento de nunca acabar... Al nacer Ruperto, su madre cayó enferma; no pudiendo criarle confié el reciennacido á una nodriza que habitaba en un pueblo inmediato. Cuando á los tres meses mi esposa recobró la salud, mandamos á la nodriza que nos trajese el niño, y al ir á besarle, le encontré tan variado, que desde entonces he tenido siempre la escama de que me hubieran cambiado el chico. Hoy que veo sus malos instintos, ya no me cabe duda de que Ruperto es un hijo... falsificado. (Ruperto aparece, y se dirige á su padre.)

ESCENA XXI

DICHOS, RUPERTO

RUP. De eso hablaremos ahora.

MAL. Ruperto.

LEZNA ¿Me escuchabas?

RUP. Sí, ese vicio me lo ha pegado mi tía, tu querida hermana. Ya ves, padre, si tengo la sangre de la familia. No se marche usted, señor Albeitar. Usted ha oido su acusación hecha á mi abuela y debe oir la defensa. (A Lezna.) Si yo dudase de la virtud de esa respetable anciana descuartizada, (Señala al cuadro.) me vengaría en su descuartizador, pero el descuartizador que la descuartizó, es mi padre.

LEZNA No lo soy.

RUP. Pronto me vuelvo al cuartel. Por fortuna, está ahí al lado. Pero antes quiero decirte cuatro frescas. Fuiste esclavo de tu barbaridad con pretexto de la honra. ¡Maldita honra que le arranca una pierna á una señora, con más prontitud que un carnicero corta un kilo de carne de vaca!... Tú, no contento con haber hecho la autopsia en vida á la pobre vieja, la calumnias pregonando que usaba una pierna postiza. ¡Mientes, padre, aunque cien veces lo fueras!

MAL. Ruperto, so... siégate...

RUP. (A Lezna.) ¿Qué has hecho de mi abuela? ¿Por qué dejaste coja á la que al ir yo á servir al rey, me decía:—No te achiques ante los carlistas, leña en ellos, duro y á la cabeza?

LEZNA ¿Pero no sabes que su pierna era de palo? ¿Por qué me acusas de haberla perniquebrado?

RUP. Te acuso, porque no creo en tal pierna postiza, porque la suya era de carne y hueso, con su pié *idem*, *idem*; y tú la arancaste pierna y y pié, creyendo que andaba en malos pasos.

LEZNA ¿Qué haría yo para convencerte?

RUP. Echate á la mala vida como yo, y aprenderás los puntos que calza cada mujer, de qué píé cojean y dónde les aprieta el zapato. ¿Y quieres que yo, tan inteligente en materia pedícura, crea que mi abuela usaba piernas postizas? ¡Mientes, padre, mientes mil veces!

LEZNA Te las echas de misionero y hace poco te sorprendí seduciendo á la boticaria.

RUP. Mi amor á Mariquita es puro.

LEZNA ¿Puro?... Ni pitillo.

RUP. Calla, padre, ó hago un disparate.

LEZNA ¿Me amenazas, bribón? Pues bien, escucha y tiembla: ¡Juro que tu abuela era coja y que tú eres inclusero!

RUP. ¡Mientes!

LEZNA ¿Necesitas que te lo pruebe?

RUP. Sí, dame una prueba de su cojera y mi inclusería.

LEZNA Pues, ahí va una... y contundente. (Le largaa una bofetada.)

RUP. ¡Condenación!

MAL. ¡Ah! (Todos, menos el albeitar que está en escena, se asoman cada uno por una puerta, sacan la cabeza, lanzan la exclamación y vuelven á cerrar rápidamente.

SAL. E...

GRULLA I...

MAR. O...

LUISA U...

RUP. (A Lezna.) Si tu madrastra era coja, tú no eres manco. (Mirando al retrato.) ¡Abuela!... ¡Es mi padre y no puedo devolverle el mojicón! pero yo no me lo guardo. ¡Allá va eso! (Da una gran bofetada al Albeitar, que está á su lado.)

MAL. ¡Bárbaro! (Aparecen Salazar y Grulla, y quedan en segundo término.)

RUP. Gané esta medalla peleando con un perro. Ahora vuelvo á ganarla aguantando otra perrería.

LEZNA (Que durante lo anterior se ha quedado inmóvil en el proscenio sin ver nada de lo que pasa á su espalda.) ¿Qué es esto? ¿Por qué ha sonado dos veces un sólo mojicón?

RUP. ¡Ea.... se acabó!... Un Lezna no puede vivir

con la cara hinchada. (Saca una gran navaja y se la va á clavar.)

SAB. (Deteniéndole.) Eso no, vente al cuartel; el rancho espera, y no hemos cenado.

RUP. Tienes razón... vamos allá... ¡Adiós, abuela! (Despedida cómica en pantomima. Vase dando «jipíos.»)

ESCENA ÚLTIMA

LEZNA

Se va llevándose el mojicón que le dí... ¡y fué de cuello vuelto!... (Al decir de «cuello vuelto» se oyen sonar á lo lejos los tambores tocando lo que vulgarmente se llama «al cuartel, á comer, medio pan...» ¡Cómo corre!... (Mirando por la ventana derecha.) Ya llega al cuartel. Allí le veo ante la olla del rancho con la cuchara en una mano y la otra en el carrillo. Ya mete la cuchara...(Gritando.) ¡Hijo!... ¡Que aproveche!... Sí, tú eres mi hijo, yo soy tu padre... (Con entonación muy alta.)

Perdón, Ruperto, perdón;
¡yo no dudaré de tí!...

AL PÚBLICO (Transición.—Con la mayor naturalidad.)

La parodia acaba aquí...
Ahora prestadme atención.

—

No hay hombre al que enaltezca
la fama pública,
del cual no se hayan hecho
caricaturas.
Las grandes obras
aún son más populares
por las parodias.

—

Esta que habeis oído,
de un drama hermoso,
es tributo al ingenio
de Novo y Colson;

que con tal drama,
ha grabado en el marmol
su *Bofetada*.

—

El aplauso, señores,
que os pido ahora,
no es para el que ha hilvanado
esta parodia.
Lo pido sólo
para el preclaro ingenio
de Novo y Colson.

FIN DE LA PARODIA

TRAJES QUE DEBEN VESTIR LOS PERSONAJES DE ESTA PARODIA

Ruperto, Salazar y Grulla, uniformes de quintos de infantería, pantalón, chaquetilla y gorra de cuartel, derecha; Lezna, mandil de tabernero y manguitos sobre su traje; el Albéitar, de paleto; capa parda, larga, con gran cuello, derecho, cuadrado, sombrero ancho y de catite; el mozo, viejo, en mangas de camisa; Mariquita, traje del día, modesto, pero coquetón; Luisa, mujer del pueblo, falda de percal y pañuelo de talle al cuello.

Faltaría á un deber de gratitud si no diera aquí las más expresivas gracias á todos los artistas que han tomado parte en esta parodia, contribuyendo al excepcional é inmerecido éxito que ha alcanzado.

La señora doña Sofía Romero está inimitable en su papel de Mariquita, y con justicia ha oido á cada palabra los aplausos del público.

La señora Vidal ha logrado, con su buen decir, dar verdadera importancia á su corto papel, sacando de él gran efecto.

Pepe Riquelme ha hecho un delicioso Ruperto, parodiando inimitablemente las situaciones dramáticas de la *Bofetada*.

Carreras dá á su papel de Lezna gran relieve é intención y saca de él todo el partido á que se presta.

Manuel Rodríguez ha creado un albéitar que será muy dificil verle reemplazado en ninguna compañía.

Los Sres. Ibarrola, Díaz, Campos y León, perfectamente en sus respectivos papeles.

A todos les da cariñosas gracias su afectísimo amigo,

El Autor.

JUICIO CRÍTICO DE LA PRENSA DE MADRID

Con muy buen éxito se estrenó anoche en el Teatro de Apolo la parodia en un acto y dos pausas, *El mojicón.*

El parodiado en ella es el drama *La bofetada*, de Novo y Colson.

Las situaciones y frases culminantes de esa aplaudida obra han sido explotadas graciosa y discretamente por el autor, quien ha sabido, además, reducir con muy buena mano los tres actos del original á uno solo ameno y ligero.

Fué la parodia perfectamente desempeñada por los Sres. Rodríguez, que hace un albéitar marcado con mucha intención y vis cómica; Riquelme, que sacó mucho efecto imitando la mímica de Ricardo Calvo, y Carreras, que obtuvo partido de su papel del tabernero Lezna. Los tres actores fueron celebrados justamente durante la representación y llamados á escena después de varios *mutis* respectivos.

Las señoras Romero y Vidal cooperaron al buen éxito.

Al final hubo de presentarse tres ó cuatro veces el autor de la parodia, D. Salvador María Granés, al cual tributó unánime aplauso el público que llenaba el Teatro. —*(La Iberia.)*

—Anoche sirvieron al público en clase de estreno *El mojicón*, en que el Sr. Granés ha convertido *La bofetada*, del Sr. Novo y Colson.

La hermosa obra del Español, parodiada en Apolo, obtuvo excelente éxito é hizo pasar un buen rato á los espectadores.

Las principales situaciones dramáticas están presentadas con verdadera gracia, y el diálogo todo está salpicado de muy felices y oportunas ocurrencias.

Hay, pues, *Mojicón* para rato.

En el desempeño de la parodia se distinguieron de un modo especial los Sres. Riquelme y Rodríguez, á quienes el público colmó de aplausos con justicia.

El Sr. Granés mereció el honor de ser llamado tres ó cuatro veces á la escena á la terminación de la obra.—*(El Liberal.)*

—*El mojicón*, parodia del hermoso drama *La bofetada*, alcanzó anoche un éxito tan ruidoso como merecido en el Teatro de Apolo.

El Sr. Granés, que es un maestro en el arte de hacer parodias, ha dado relieve cómico con mucha habilidad y discreción á las situaciones más culminantes de la obra de Novo y Colson, sacando mucho partido de los principales efectos y subrayando donosamente las peripecias de la acción.

El público no cesó de reir, tributando al Sr. Granés muchos aplausos al final de la obra.

Riquelme, Carreras y Rodriguez (D Manuel) hicieron primores de ejecución, mereciendo ser llamados á escena en medio de la representación.

El autor de *La bofetada*, que se hallaba en el Teatro, no escaseó sus plácemes á todos y los recibió también por el gran éxito que su drama acaba de obtener en Cartagena, según por telegrama le ha anunciado el Sr. Cepillo.—*(El Imparcial.)*

— Con el título de *El mojicón* se estrenó anoche en el Teatro de Apolo una parodia del drama *La bofetada*.

Desde las primeras escenas el público aplaudió mucho los chistes que abundan en la obra, llamando al autor, D Salvador M. Granés, que se presentó varias veces al finar la representaeión.

En el desempeño se distiuguieron la Sra. Romero y los Sres. Rodríguez, Carreras y Riquelme, especialmente este último, que estuvo inimitable.—*(La Correspondencia.)*

—*El mojicón*, parodia de *La bofetada*, alcanzó un ruidoso y justo éxito.

El Sr. Granés ha sabido dar relieve cómico con mucha habilidad á las situaciones más culminantes de la obra de Novo y Colson

El público, satisfecho de la obra, tributó calurosos aplausos al Sr. Granés. á quien llamó repetidas veces al final de la obra.

En la interpretación bien todos, distinguiéndose Carreras, Riquelme y Rodriguez (M.)—*(El Resúmen.)*

—El Sr. Granés goza ya de merecida fama en materia de parodias, para cuyos trabajos se requieren en efecto condiciones especiales. No es mucho, pues, que consecuente con su crédito haya convertido el argumento del drama del Sr. Novo, *La bofetada*. en un gracioso juguete que hizo anoche desternillar de risa á los espectadores del Teatro de Apolo.

Los que conozcan la obra parodiada han podido observar el acierto con que Granés ha aprovechado para poner en caricatura los efectos principales, obteniendo aplausos repetidos.

La ejecución fué buena, distinguiéndose Pepe Riquelme, que puesto ya á parodiar hizo una buena caricatura del distinguido actor Ricardo Calvo.

Autor y actores fueron llamados á escena varias veces al final de la obra. —*(El Globo.)*

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administracion.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.